

# Teorías de la conservación y vanguardias arquitectónicas

## Una relación dialéctica

Gladys Turner

Fundación Biblioteca Nacional, [gturner@binal.ac.pa](mailto:gturner@binal.ac.pa)

**Palabras claves:** Teoría de la conservación, vanguardias arquitectónicas.

### Resumen

Las teorías de la conservación desarrolladas durante el siglo veinte no surgen en un escenario simple donde sólo se han discutido temas patrimoniales. Por el contrario, la consolidación y evolución de estas teorías ha coexistido con los proyectos de las vanguardias de la modernidad. En este artículo se analiza entonces, la relación existente entre las teorías de la conservación de ciudades e inmuebles históricos y las vanguardias arquitectónicas, desde inicios del siglo veinte hasta hoy.

El objetivo fundamental es mostrar el influjo que las diversas visiones del porvenir preconizadas por el movimiento moderno y, más adelante, por otras corrientes revisionistas, han ejercido en la conformación del cuerpo teórico y de ciertos conceptos instrumentales que orientan el quehacer patrimonial en general, tanto a nivel urbano como edilicio. De esta manera, son examinados los juicios de valor que giran en torno a la ciudad antigua y a los monumentos arquitectónicos enunciados en diversos momentos del siglo pasado, tanto por los especialistas dedicados a la conservación, como por los arquitectos y urbanistas más preocupados por la creación de nuevos paradigmas. Salen así a relucir insólitas relaciones y referencias poco conocidas.

**Key words:** Architectural vanguards, conservation theory.

### **Abstract**

The conservation and restoration theories of the twentieth century did not appear in a simple scenario as the only subject of discussion among patrimonial issues. By the contrary, the consolidation and evolution of these theories coexisted with the vanguard modern movement ideas. In this paper, I examine the relationship between conservation theories about ancient cities and historic buildings and the architectural vanguard, from the first decade of twentieth century until present days.

The main purpose is to show how the influence of multiple visions of the future, foreseen by thinkers of the modern movement and, afterwards, other revisionists, had a significant role in the conformation of the *corpus teoricus* and instrumental concepts that orient the patrimonial practice in present days.

Concepts of values about the topics of historic cities and monuments are examined, which emerged in different moments of the previous century, linked to the theoretical activity of conservation specialists, architects and urban planners concerned with the development of new paradigms. Besides, I analyze their contradictory relationship.

This controversial state of affairs came to a change only after World War II, when both, conservation theory and functionalist modern concepts were reviewed from a critical perspective. This work brings light on some unusual connections and unknown references.

Un poderoso estímulo para la contemplación nostálgica del pasado es la inminencia de su destrucción. Los grandes cambios territoriales, la afluencia de las masas del campo a la ciudad por las exigencias de la industrialización, la cambiante imagen de la urbe, los conflictos bélicos, todo ello produjo en el último siglo, si bien lentamente y coexistiendo con los partidarios de una idea del progreso como actividad arrolladora y ahistórica, que se despertara la conciencia de que la ciudad no reproduciría más los modelos espaciales y edilicios del pasado. Y para no perder la memoria de los orígenes, se trataría de conservar los restos de los núcleos antiguos de las ciudades, aunque siendo percibidos ya como un anacronismo entrañable e irreplicable.

A finales del siglo diecinueve y durante el siglo veinte, la conservación de los monumentos y de los centros históricos coexistiría y competiría con la ruptura conceptual que prefiguraban los movimientos de vanguardia en la arquitectura. Sin embargo, no sólo las vanguardias arquitectónicas eran partícipes de este sentimiento de ruptura; prosélitos del eclecticismo y seguidores de la idea de una arquitectura nacional de raíz historicista compartirían el mismo sentimiento. Tanto para los que buscaban conservar los monumentos y las trazas de la vieja ciudad como para los que deseaban acabar con ellos, se estableció una radical separación entre la modernidad y las épocas precedentes como si con el siglo veinte se diera el advenimiento del final de la historia y el inicio de una eterna contemporaneidad. Antón Capitel, en su obra *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*, cita varias veces a Ezio Bonfanti, ensayista italiano y contemporáneo de Gustavo Giovannoni, precisamente para explicar este desfase que emparenta a historicistas y vanguardistas. Capitel señala como Bonfanti había advertido que Le Corbusier, en el Plan *Voisin* para París, había aislado los principales monumentos como si se tratara de piezas de exhibición destruyendo la traza original dentro de la que se insertaban. Así mismo, analizó el Plan Urbano de Roma trazado por Piacentini, conocido partidario de la conservación de las ciudades antiguas y, además, fiel seguidor del *novecento* clásico; en su propuesta para Roma, la vieja ciudad era conservada manteniéndola apartada del desarrollo del resto de la urbe. En ambos casos existía lo que Bonfanti denominó "extrañamiento entre lo nuevo y lo antiguo"; la actitud hacia el elemento antiguo era la misma, sólo cambiaba

la escala. Capitel lo explica bien: "...aunque iconoclastas en gran modo unos y escrupulosos protectores los otros, en ambas mentalidades entre historia y contemporaneidad se establece una separación radical" (Capitel 1988:40). Así, tanto los modernos como los conservacionistas percibirían las pervivencias históricas de la ciudad a través del prisma de la discontinuidad. Entender esta actitud mental ante los monumentos, es esencial para comprender el desarrollo posterior de las teorías de la restauración y las ulteriores orientaciones de la vanguardia arquitectónica con respecto a las ciudades antiguas y sus edificios.

### **Dialéctica de la ruptura: los conservadores y la tabula rasa**

Tras las huellas dejadas por Camillo Boito, padre del llamado *restauro moderno*, Gustavo Giovannoni siguió desarrollando sus conceptos haciendo hincapié, precisamente, en los aspectos científicos de éstos hasta el grado de que se denominó a esta tendencia *restauro científico*. Giovannoni siguió manteniendo el criterio de Boito de la mínima intervención, destacó la importancia de la instancia histórica del monumento, introdujo la idea de preservar las arquitecturas llamadas menores, y fortaleció la visión de la conservación del contexto ambiental del monumento. Además, Giovannoni era ingeniero y esto le facilitaría una visión de los monumentos muy particular, que validaría los aspectos estructurales, volumétricos y espaciales, favoreciendo la comprensión y el respeto por los aspectos constructivos y técnicos del edificio histórico (Rivera 1997:141).

No obstante, al profundizar en las teorías de Boito, Giovannoni se enfrentó a conceptos que se prestaban a múltiples interpretaciones como sería, por ejemplo, la noción de diferenciación entre el edificio antiguo y la acción moderna, a la que trató de definir desde su concepción particular como partidario de una arquitectura nacionalista que buscaba sus raíces en la historia local. Al establecer los tipos de acciones a ejecutarse sobre los monumentos, a saber, la consolidación, anastilosis, liberación, completamiento e innovación, tuvo especial cuidado en precisar esta última teniendo en mente formas que guardaran relación con el monumento pero en una versión esquemática y sintetizada, que sin permitir el falso histórico, se opusiera a las soluciones formales propias de la arquitectura del movimiento moderno. De esta manera, restaba legitimidad a cual-

quier intervención realizada con un lenguaje formal que se alejara de las fuentes más tradicionales.

El antagonismo entre las posturas conservacionistas y la posición de la vanguardia arquitectónica se materializaría, posteriormente, en las dos cartas de Atenas; la de 1931, fruto de la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual (de la cual Giovannoni fue uno de los firmantes) y la de 1933 propuesta por el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM). Guglielmo Monti, en su libro *La conservazione dei beni culturali nei documenti italiani e internazionali 1931-1991* ha señalado que durante las primeras décadas del siglo veinte y particularmente en la década de 1930, se hizo evidente para los amantes de la ciudad antigua y de todos aquellos interesados en la preservación de un legado arquitectónico, la necesidad de construir una “cultura internacional de la conservación” (Monti 1995:4). A través de la reunión de la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual se empezaría a consolidar esta comunidad internacional y ejercerían una influencia decisiva a través de la llamada *Carta de Atenas* de 1931.<sup>1</sup> En este documento se deja consignado que la salvaguarda del patrimonio artístico y arqueológico debe ser parte de las obligaciones de los estados modernos (Artículo I).<sup>2</sup> Además, como parte del desarrollo de las ideas boitianas que propugnaban la documentación histórica del monumento, se promueve una conservación cuidadosa para las ruinas incentivando la estrecha colaboración interdisciplinaria entre arquitectos y arqueólogos (Artículo IV), y otros especialistas (Artículo VI).

Sin embargo, en el texto de la *Carta de Atenas* de 1931, hubo un aspecto del pensamiento boitiano que fue ignorado; se trata de la exigencia de diferenciación entre la obra antigua y los nuevos añadidos. En dicho documento, ésta sólo se ve expresada en las disposiciones referidas a las ruinas y restos arqueológicos (Artículo IV), aunque a nivel específicamente arquitectónico dejaba un gran vacío conceptual. En el documento

---

<sup>1</sup>Es importante señalar que tras la firma de la *Carta de Atenas* de 1931, 10 países americanos firmaron un pacto en Roerich en 1935 (Tratado sobre la protección de instituciones artísticas y científicas y de monumentos artísticos) dando seguimiento a las iniciativas conservacionistas europeas.

<sup>2</sup>Para ésta y todas las referencias a normas y declaraciones en materia de conservación en el presente artículo, ver Monti (1995).

emitido por Boito en 1883 se hablaba de “diferencia de estilo entre lo antiguo y lo nuevo”, y además, era tajante en lo que se refiere a la “supresión de molduras y decoración en las partes nuevas” (Capitel 1988:31) lo cual, obviamente favorecería, o por lo menos, no contrariaría, el uso de una estética moderna en los monumentos a restaurar. No obstante, nada de esto se discutió a la hora de redactar la *Carta de Atenas* de 1931, dejando un campo abierto, como en efecto sucedió, para la polémica entre los arquitectos más tradicionales y los arquitectos modernos.

Con todo, el aspecto más novedoso de la *Carta de Atenas* se debe directamente a Giovannoni, y es la inclusión del concepto de “respeto por la fisonomía de la ciudad” y la conservación del contexto ambiental que rodea al monumento (Artículo VII), noción que buscaba asegurar la permanencia de la ciudad antigua y no sólo la subsistencia de sus monumentos aislados.

Por contraste, el espíritu de la otra *Carta de Atenas*, propuesta por el CIAM de 1933 es claramente opuesto a las ideas de la conservación de los viejos edificios, y más específicamente, de la ciudad antigua. Precisamente, el tema central fue la ciudad moderna, su definición, su función y su estructura. Parte fundamental del ideario de la urbanística moderna es el reconocimiento de un suceso sin paralelo en los anales de la historia: la industrialización de la producción de bienes que vino acompañado de nuevos fenómenos culturales, económicos y sociales que repercutirán en la forma de las ciudades. Ante los cambios que se suscitarían con la industrialización (la producción masiva de objetos de consumo, la nueva organización del trabajo, los grandes movimientos migratorios, los aumentos en la densidad urbana) que hace colapsar las infraestructuras existentes, los arquitectos modernos se verían impulsados a trazar un nuevo concepto de ciudad. El urbanismo sería entonces una herramienta de organización espacial para una ciudad de corte funcionalista, altamente zonificada y alejada de cualquier simbolismo o referencia histórica.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup>Recuérdese la crítica a la ciudad tradicional realizada por Ludwig Hilberseimer (1999 [1927]) en uno de los textos esenciales del movimiento moderno *La arquitectura de la gran ciudad*, y junto con él, los proyectos de otros ideólogos de la ciudad moderna, como Le Corbusier y su Plan *Voisin* para París, propuesto en 1925, o Milyutin con la propuesta de ciudad lineal de 1930. Ambos planteaban modelos urbanos con zonas de usos muy definidos, claramente diferenciados en el espacio.

Los movimientos de vanguardia arquitectónica de las tres primeras décadas del siglo veinte, en su escala urbana, se contraponen en principio a la supervivencia de las ciudades históricas por percibir las como insalubres, tugurizadas, congestionadas y poco funcionales. “Debemos inventar y reconstruir *ex novo* nuestra moderna ciudad como un inmenso y tumultuoso astillero, activo, móvil y dinámico por doquier, y el edificio moderno como una máquina gigantesca”, es el texto del *Messaggio* de 1914 suscrito por Sant’Elia, uno de los miembros del movimiento futurista (Frampton 1983:89). Otro texto de la vanguardia soviética de aquellos años (1920), firmado por Mayakovsky, dice así: “Aplastaremos el viejo mundo. Extenderemos con ruido un nuevo mito sobre el mundo. Pisotearemos las cercas del tiempo con nuestros pies. Haremos una escala musical con el arco iris” (Risebero 1995:14).

El CIAM, en la *Carta de Atenas* de 1933, contempla el patrimonio histórico de las ciudades como uno más entre los diferentes factores que deben tomarse en consideración en la urbanística del siglo veinte. Menos radical que los textos citados anteriormente (habla del respeto que se le debe a los “testimonios del pasado” y alude a las antiguas construcciones como “noble herencia”), recomienda, sin embargo, “reconocer y discriminar” qué parte de ese patrimonio debe ser preservado, y así “algunos serán conservados como documentación y otros serán demolidos y en otros casos se podrá aislar la parte que constituye un recuerdo o que tiene un valor real, mientras el resto será útilmente modificado”. Por supuesto, el imperativo para tal discriminación será el desarrollo de la ciudad moderna, en donde algunos de los nuevos valores a instituir son la zonificación y la creación de áreas verdes contrapuestos a la ciudad antigua de calles estrechas que a juicio de los firmantes de este documento, es “tanto malsana para el cuerpo como deprimente para el espíritu”; así, se percibe “la destrucción de los tugurios que rodean al monumento histórico” como una oportunidad “para crear espacios verdes”, y aunque esto pueda significar la destrucción de un ambiente secular, se le considera un hecho inevitable. Por lo tanto, la *Carta de Atenas* de 1933 auguraba la eventual desaparición de la ciudad histórica.

En lo que se refiere a la edificación de nueva planta en la ciudad antigua, el CIAM se muestra intolerante en cuanto a la proyección arquitectónica

en cualquier estilo del pasado, reclamando el derecho de representar al nuevo espíritu de la época. Pero, así mismo, Giovannoni encuentra inaceptable la inserción de obras edilicias modernas en la trama de la ciudad antigua; y no menos parcial que los modernos, “apoyaba la arquitectura de los *novacentistas* (...) interpretándola como una convincente alternativa entre el falso histórico y la arquitectura moderna” (Capitel 1988:39).

### **Crisis del pensamiento: la Segunda Guerra Mundial**

La Segunda Guerra Mundial vino a interrumpir estas controversias. Como menciona Javier Rivera, ante las gravísimas consecuencias de la guerra tales como las dificultades económicas, el desempleo masivo y el trauma de la destrucción de las ciudades y del entorno conocido por la población “...todas las autoridades europeas pusieron en deliberada crisis los métodos restauradores sancionados como modélicos antes de 1939” (Rivera 1997:148). La reconstrucción de las ciudades y de los centros históricos se convirtió en una tarea prioritaria para los estados europeos porque el rescate de la memoria urbana y las imágenes de un entorno familiar se revistieron de un carácter simbólico para superar la angustia postbélica. Guglielmo Monti lo explica:

“Se produjo un cambio conceptual con respecto al patrimonio cultural. Para la conciencia golpeada de los pueblos europeos era evidente que no sólo la belleza artística, sino también los valores de la memoria podían representar bienes dignos de ser protegidos por ser significativos para la historia”; por lo tanto, se “llevaron todas las sistematizaciones conceptuales a la crisis. Con los centros históricos destruidos, las autoridades querían sentirse libres de reconstruir para satisfacer, sin demasiados obstáculos, el orgullo popular, el cual pedía echar a un lado el luto y reconstruir los monumentos donde estaban y como estaban...” (Monti 2004:8).

Así es que para reconstruir el entorno erigieron edificaciones que reproducían los monumentos destruidos como copias lo más exactas posible a los originales. Aquel fue un momento confuso, y no deja de ser palpable que si la teoría y las prácticas de intervención en los inmuebles históricos desarrolladas hasta ese momento fueron puestas a un lado, también lo fueron los más caros objetivos de la arquitectura moderna. Donde sus





**Figura 1.** Vista de la ciudad de Berlín. Tras la Segunda Guerra Mundial, la ciudad fue parcialmente reconstruida según supuestos funcionalistas. (Foto: Eduardo Tejeira Davis)

epígonos habrían utilizado el problema de la destrucción de las ciudades dejadas en ruinas por la guerra como un laboratorio moderno (como fue el caso de la ciudad de Berlín), los reclamos populares pedían a gritos la reconstrucción de las viejas ciudades sin pensar en dejar paso a la iniciativa moderna (Figuras 1 y 2). Es posible que de no haberse dado tal conflagración las teorías del restauración existentes hasta ese momento habrían evolucionado quizá resolviendo la controversia con los modernos o, tal vez manteniendo la discusión, no lo sabemos. Lo que sí sucedió fue que:

“Entre los mismos años de 1946 y 1948 empezaron a levantarse voces de algunos especialistas italianos y de otros países considerando aberraciones estas actuaciones urgentes y criticando también el retorno a las posiciones de la restauración en la etapa prebélica, es decir, argumentando contrariamente a la reimplantación de los criterios de Boito, de Giovannoni y de la *Carta de Atenas* que defendía algún sector también contrario a las labores rectoras de la postguerra” (Rivera 1997:148).

Es así como surge el llamado *restauración crítica*, nueva postura defendida por Roberto Pane y Cesare Brandi; también por Renato Bonelli. Contrarios a las reconstrucciones que habían surgido tras la experiencia de la Se-



**Figura 2.** El Campanario de la Catedral de San Marcos, un ejemplo de reconstrucción basado en la copia fiel del monumento destruido, realizado después de la Primera Guerra Mundial. (Foto: Eduardo Tejeira Davis)

gunda Guerra Mundial, también se muestran opuestos al llamado *restau-ro científico* por el énfasis excesivo en los aspectos filológicos e históricos del monumento. Los promotores del *restau-ro crítico* verían en la instancia artística el eje conceptual para la resolución de todos los problemas de restauración; así, conciben que “para la restauración de los monumentos arquitectónicos son válidos los mismos principios que se han establecido para la restauración de las obras de arte” (Brandi 1992:77), valorando sobre todas las cosas, la instancia estética del monumento, y aunque reconoce la instancia histórica, esta resulta secundaria. El mismo Brandi lo explica al decir que “la restauración de arquitectura queda igualmente regida por las instancias histórica y estética” (Brandi 1992:77), pero añadiendo que “la exigencia estética (...) tiene asimismo por derecho preeminencia sobre la histórica” (Brandi 1992:83).

Sin embargo, uno de los puntos de mayor contraste entre el *restau-ro científico* y el *restau-ro crítico*, estriba en el espíritu que anima a cada uno con respecto a la forma de abordar los problemas de la conserva-

ción. La mayor censura que ejerce el pensamiento crítico sobre el *restauro científico* es acerca de su carácter estrictamente metodológico basado en una inamovible sistematización de la teoría que pretende cubrir todos los casos posibles. Por el contrario, el *restauro crítico* pretendía reivindicar los valores individuales de cada monumento, de cada obra edilicia, argumentando que todo monumento “exigía en su tratamiento un método específico y unitario, no general sino individualizado” (Rivera 1997:153). Paradójicamente, esta idea se ve contradicha por la insistencia en destacar las consideraciones estéticas por encima de los demás valores del monumento, lo que de hecho, devino en principio inamovible.

Con todo, existe un importante punto de contacto entre el *restauro científico* y el *restauro crítico*; lo constituyó la posición con respecto a las obras de reconstrucción o reproducción de monumentos en los centros históricos que han sufrido daños graves. En ambas vertientes teóricas, el problema de la reconstrucción de estos monumentos en forma de copias del original quedaba totalmente descartada, impugnando así buena parte de las labores de restauración postbélicas.

En los años que siguieron (desde mediados de la década de 1940 hasta la década de 1950), con los acontecimientos bélicos todavía frescos en la memoria, se propusieron una serie de declaraciones y documentos internacionales un tanto idealistas; entre éstos, la *Convención para la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado*, emitido por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, el Deporte y la Cultura (UNESCO) en La Haya en 1954. A pesar de esbozar algunos propósitos difíciles de cumplir en medio de un conflicto armado, su importancia radica en su énfasis en considerar el patrimonio particular de una nación como parte del patrimonio mundial. Paralelamente surgen otros documentos emitidos por el Consejo de Europa o por organismos mundiales interesados en la conservación de los bienes culturales, pero la acción más trascendente para el futuro de la cuestión patrimonial fue la propia creación de la UNESCO en 1945.

Por otro lado, tras la postguerra, el movimiento moderno fue perdiendo fuerza doctrinal y fue cuestionado en sus fundamentos aún cuando la ciudad moderna, tal como fue planteada en la *Carta de Atenas* de 1933, jamás existió (exceptuando, los experimentos formales de Brasilia

o Chandigarh, y en menor medida, en la reconstruida Berlín).<sup>4</sup> El orden político y económico imperante hizo que fuera imposible la realización completa del proyecto moderno, sin embargo, sobrevivió el urbanismo, pero sólo como instrumento de organización territorial puesto al servicio de un orden capitalista. Además, la crisis del movimiento moderno se fue sucediendo a lo interno en las reuniones periódicas del CIAM. En la reunión de 1937, la última que se verificara antes de los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, "...el CIAM estuvo dispuesto a reconocer no sólo el impacto de las estructuras históricas, sino también la influencia de la región en la que la ciudad estuviera situada" (Frampton 1983:274). En la etapa postbélica el tema de la satisfacción de las necesidades emocionales de la población, entre los que se englobaría el deseo de pertenencia y de representación, sería desarrollado en el CIAM VIII de 1951 con el tema: el corazón de la ciudad (Frampton 1983:274). En el CIAM de 1953, la nueva generación de arquitectos que aún podían ser llamados modernos, cuestionó abiertamente los cuatro principios básicos de la ciudad funcional fijados en la *Carta de Atenas* de 1933 y reiteró la importancia de necesidades más abstractas e inefables.

"Pertener", habían escrito, "es una necesidad básica emocional y sus asociaciones son del orden más simple. De pertenecer -identidad- proviene el sentido enriquecedor de vecindad. La calle corta y angosta del barrio mísero triunfa allí donde una redistribución espaciosa falla" (Frampton 1983:274).

Esta postura podía ser considerada casi de reaccionaria si se toma en cuenta que precisamente se trataba de volver sobre los valores espaciales y de identidad que se producían en el antiguo modelo de ciudad, idealizando la vieja calle. Así, llegarían a surgir proyectos que aún con una estética internacional, promovían alternativas espaciales a escala urbana basados en la irregularidad del trazado viario dentro de los barrios histó-

---

<sup>4</sup>Aunque existe la arquitectura moderna, podría decirse que la ciudad moderna no existe. La ciudad moderna es la que hubiera sido posible *ex novo*, con los medios técnicos del momento, pero que habrían necesitado otro sistema político y económico para imponer un ordenamiento territorial y una lógica urbana totalmente contrarios al orden burgués hegemónico. Una excelente exposición de estos argumentos se encuentran en Benevolo (1985).

ricos y generaban propuestas un tanto laberínticas, que no obstante, no lograban lo prometido.<sup>5</sup>

### **La modernidad revisada y su influencia en la ciudad histórica**

Ya habían sido dados los primeros pasos dirigidos a la reivindicación de los valores de los núcleos históricos de las ciudades como parte innegable de la ciudad contemporánea y se cuestionaba la viabilidad o conveniencia de la arquitectura y la urbanística modernas. Arquitectos que cuestionaban la estética internacional como los italianos del grupo B.B.P.R. (recuérdese el controvertido proyecto de la Torre Velasca en 1958), profesionales que se dedicaban a investigaciones tipológicas y urbanas en ciudades antiguas como Saverio Muratori y Ludovico Quaroni, o bien, autores como Christian Norberg-Schultz que proponía otra visión de los fenómenos urbanos, apuntaban hacia una nueva dirección. En ese sentido, unos años más tarde, aparecerían dos libros que son fundamentales, *Complejidad y contradicción en la arquitectura* de Robert Venturi (1978) y *La arquitectura de la ciudad* de Aldo Rossi (1982), publicados por primera vez en 1966.<sup>6</sup> Ambas obras serían definitivas para el futuro del pensamiento arquitectónico contemporáneo. La primera contiene una filosofía inclusiva que abarca la aceptación de las complejas realidades del mundo contemporáneo, la acogida de diversas orientaciones estéticas en los edificios y el respeto por los entornos urbanos preexistentes. En esta obra, Venturi echó mano de una multitud de ejemplos sacados de la historia de la arquitectura, proponiéndolos como objetos para el análisis y valorándolos como paradigmas para el futuro, así “el sentido histórico implica percepción, no solamente del pasado como pasado, sino del pasado como presente...” (Venturi 1978:22). Nada más alejado de la aspiración a la *tabula rasa* de la modernidad.

---

<sup>5</sup>Recuérdese el proyecto para Berlín-Hauptstadt de Alison y Peter Smithson elaborado en 1958 o, el proyecto Kennermerland realizado por Bakema y J. M. Stokla en 1959.

<sup>6</sup>Estas obras venían precedidas por importantes escritos de arquitectos que fueron preparando el camino para una visión menos reduccionista de los fenómenos urbanos y arquitectónicos. Hablamos de escritos fundamentales de autores como Kevin Lynch, Jane Jacobs, Wolf Jobst Siedler y la obra de Cristian Norberg-Schultz quien desarrolla el concepto de lugar o *genius loci*. Posteriormente, se generarían obras teóricas importantes como las de Rob Krier y Collin Rowe, entre otros.

Por otro lado, la obra de Aldo Rossi, cristaliza una aproximación contemporánea a las arquitecturas del pasado, en donde entre otras cosas se rescata la noción de tipo, el derecho a la memoria, la continuidad de los hechos urbanos y las persistencias históricas como constantes dentro de las ciudades. Refiriéndose a éstas últimas, declara que “las persistencias se advierten a través de los monumentos, los signos físicos del pasado, pero también a través de la persistencia de los trazados y del plano” (Rossi 1982:99), es decir, son construcciones u objetos que siguen siendo experimentables o dejan un rastro verificable en la ciudad a lo largo del tiempo. Rossi ofrece, en la figura de las persistencias históricas, una oportunidad para la continuidad y el crecimiento orgánico de la ciudad contemporánea. Según Rossi, estas poderosas presencias de épocas pasadas, en vez de ser vistas como entes patológicos o extraños a la ciudad, debían ser reconocidas como agentes que pueden potenciar crecimientos y desarrollos nuevos en el sistema urbano (Rossi 1982:101). Así es que aunque reivindica el papel de la memoria como elemento impulsor de la urbe, Rossi no se identifica con la inmovilidad en la que habían caído los núcleos urbanos antiguos en su carácter de conjuntos monumentales. Rechazaba tanto la pretensión moderna de prescindir de la ciudad antigua, como el aislamiento del resto de la dinámica urbana en que la habían sumido las normas de la conservación patrimonial (Rossi 1982:102). Por lo tanto, Rossi planteaba una modalidad de crecimiento urbano en donde el centro histórico y los núcleos de edificios representativos siguieran perteneciendo a la actividad de la ciudad de una manera viva, ya que aunque el cambio era inevitablemente parte de las dinámicas del crecimiento urbano, los monumentos y trazas viales históricos tenían que integrarse a este proceso (Rossi 1982:104).

A su vez, la acción patrimonial de este período (años sesenta) incorpora un sustrato importante de las ideas expresadas por los arquitectos mencionados; por eso mismo, la mayor parte de las declaraciones emitidas de 1968 en adelante, se caracterizaron por su naturaleza pragmática, destacándose la relevancia que se brinda al tema de los centros históricos y su asociación a la dinámica urbana, el reconocimiento de valores añadidos (social, cultural, económico), y el cambio en el matiz de la discusión teórica, que se aleja del plano filológico, para acercarse más a la realidad.



**Figura 3.** Uno de los complejos edilicios realizados en Berlín, como parte de la muestra IBA de 1987. (Foto: Eduardo Tejeira Davis)

A despecho de la *Carta de Venecia* (1964), que si bien es el documento más destacado de los años sesenta en términos de restauración y conservación de los monumentos, sólo se refiere a cuestiones puramente metodológicas, la actividad teórica desplegada fuera del seno de especialistas en conservación marcaría, sin proponérselo, una visión más global y comprensiva del rol de los monumentos y ciudades antiguas en relación con la urbe y la sociedad contemporáneas.

Ya se ha hablado de la importante obra de Rossi. Fundamentalmente bajo el influjo de su pensamiento y de su obra, muy popular en aquel momento, en 1978 se dio inicio a la gestación de la *Internationale Bauausstellung* (IBA) de Berlín. Esta exposición internacional de arquitectura se materializaría finalmente en 1987 y se constituiría en el vehículo a través del cual se consolidarían los aspectos más importantes de la crítica a los presupuestos del movimiento moderno de la década de 1970 y principios de la de 1980 (Bronstein 2002:20). Desarrollado según el plan maestro del arquitecto Josef Paul Kleihues, uno de los coordinadores de la muestra, permitió la participación de los más prominentes arquitectos de aquellos años (Rob Krier, Michael Moore, James Sterling, Aldo Rossi, etcétera) que

presentaban posturas alternativas al ideario del funcionalismo moderno (Figura 3). Muy influido por el pensamiento rossiano (también por Collin Rowe y O. M. Ungers), el propio Kleihues acuñó el término “reconstrucción crítica” para definir un modelo de intervención urbana que definiría el espíritu de la IBA, caracterizado por el rescate de áreas históricamente relevantes, la recuperación de la traza vial y espacial de la ciudad original, y la proyección de edificios de nueva planta a partir de estudios volumétricos y tipológicos de los edificios preexistentes o desaparecidos (Bronstein 2002:63).

Independientemente de los resultados estéticos de las propuestas arquitectónicas y urbanas que surgieron en la IBA de Berlín, la importancia de este evento radica en que fue un laboratorio para la ejecución de proyectos que concentran una corriente crítica del pensamiento arquitectónico de aquellos años que, sin ser homogénea, estructuró todo su discurso en torno a la validez de la memoria materializada en los monumentos del pasado (ciudades o edificios) como germen de las ciudades del futuro; por supuesto, todo esto terminó por apuntalar una perspectiva totalmente reivindicativa para con los núcleos históricos de las ciudades que perdura hasta nuestros días.

### **Las últimas décadas del siglo veinte**

Como consecuencia de las ideas que promueven la vinculación de los núcleos históricos con el desarrollo de las ciudades contemporáneas, surgen, tanto en Europa como en América, varias iniciativas que ampliarán aún más los alcances de esta relación hasta convertirla en un motor de desarrollo local e incluso, nacional. De esta manera aparecen las *Normas de Quito sobre conservación y utilización de los monumentos y de los ambientes de interés histórico y artístico* (1968), la *Declaración de Spalato* (1971), o la *Carta europea del patrimonio arquitectónico* (1975), en donde comienzan a utilizarse conceptos como los de puesta en valor y revitalización<sup>7</sup>, que marcarían políticas de gestión patrimonial bien específicas. También fue

---

<sup>7</sup>Hay muchas diferencias de fondo entre el documento americano y los europeos que por la extensión de este artículo no analizaremos, pero que son claramente observables en la posterior evolución de la gestión patrimonial en los centros históricos de ambos continentes.



muy importante la *Carta de Machu Picchu* (1977) suscrita en el Congreso Internacional de Arquitectos, que promovía la cautela en los procesos de expansión urbana postulando “una ciudad dispuesta orgánicamente” (Monti 2004:13). Al conjunto de declaraciones regionales se le suma, como una de las acciones medulares de la época, la *Convención para la protección del patrimonio cultural y natural mundial* de la UNESCO (1972) en París, que establece la obligación, por parte de los estados suscritos, de generar políticas y acciones encaminadas a la salvaguarda de los bienes culturales de sus países, haciendo uso de sus propios recursos. Paralelamente, y para cooperar con los estados suscritos, se establecen el Comité del Patrimonio Mundial, órgano rector y consultivo en asuntos del patrimonio, el Fondo del Patrimonio Mundial y la Lista del Patrimonio Mundial.

Si en la década de 1970 el problema de la conservación de los centros históricos cobró gran relevancia, en los últimos años el enfoque se ha centrado mucho en los mecanismos que permitan su supervivencia. Desde los años ochenta en adelante, las acciones son de corte más pragmático y se encauzan hacia la formación de un artesanado que prolongue la existencia de las antiguas técnicas constructivas, la creación de políticas culturales en general, y al diseño y ejecución de planes maestros de los centros históricos como instrumentos para su conservación.

Al nivel de las ideas puede constatarse un cambio sutil pero significativo, sobre todo en lo que se refiere a las teorías del *restauro crítico*. El documento modélico de la *Carta del Restauro* de 1972 fue examinado en 1991 por la comisión italiana de ICOMOS, dando como resultado un documento titulado *Criterios y métodos para el restauro arquitectónico* que pone en entredicho la excesiva primacía del componente estético, visual y artístico que la teoría del *restauro crítico* hace prevalecer en los bienes culturales de naturaleza inmueble. El documento de 1991 declara que “la restauración se fundamenta sobre el respeto a la materia antigua del monumento, que constituye la primera documentación auténtica...” (Monti 1995:373) y, además, precisa que “el funcionamiento estático de la fábrica constituye una importante documentación histórica-técnica” (Monti 1995:374). Pero todavía guarda esenciales puntos en común con la *Carta del Restauro* de 1972 como por ejemplo, la insistencia en la potencial reversibilidad de las intervenciones y el valor de los entornos históricos.

### **Siglo veintiuno: el patrimonio y la eterna pugna de las ideas**

Como bien se ha podido ver, la teoría de la restauración es en realidad un conjunto de reflexiones, siempre en constante desarrollo dialéctico, que tratan de los aspectos valorativos de los bienes culturales, en este caso, edificios y ciudades antiguos. Además, al tratarse precisamente de entes edilicios y urbanos, existen relaciones, acaso tormentosas, entre las ideas de los teóricos de la conservación y el pensamiento arquitectónico vigente, pero que terminan orientando y afectando la práctica de la restauración y la conservación propiamente dicha. Como explica Monti:

“...no se puede hablar de la conservación de los bienes culturales como un campo determinado por teorías científicas, sino que más bien se debe considerar el conjunto de prácticas y teorías que la conciernen como la expresión de las diversas épocas que las han producido. Por ende, no se trata de plantear un movimiento progresivo de confirmación y confutación de verdades a partir de la reseña de documentos y logros hechos durante siglo y medio desde que se dieron las primeras manifestaciones institucionales orientadas hacia la conservación del patrimonio nacional en el sentido actual del término. La sucesión de las tendencias que han generado reglamentos y obras de restauración debe considerarse más bien como una serie de enfoques particulares en torno a la conservación, elegidos según el caso por su consonancia con los gustos y sentimientos de cada época. Es por eso que el descubrimiento de una nueva visión no elimina la antecedente ni la falsea, sino que la completa y la refina, echando a un lado las implicaciones caducas y reforzando lo que había de esencial” (Monti 2004:3).

Por eso, todavía se siguen ventilando controversias, algunas tan viejas como el debate entre la interacción entre lo nuevo y lo antiguo. La manera de intervenir a la hora de completar un monumento o el modo en que la arquitectura de nueva planta se inserte en un centro histórico siguen siendo temas polémicos. Por ejemplo, a la hora de evaluar las inserciones modernas dentro de la ciudad antigua todavía se observan en el ambiente aseveraciones tan agresivas como las de Alberto María Racheli al referirse a la producción de la arquitectura contemporánea como un virus que ataca a los centros históricos (Racheli 2004:24) o al señalar que muchos arquitectos famosos “se consideran depositarios del don divino de poder intervenir *ex abrupto* dentro de los centros históricos, proponiendo elementos

de arquitectura contemporánea a través de la superposición de añadiduras modernas sobre la arquitectura antigua” (Racheli 2004:21). En los siglos pasados nunca se habían puesto reparos a construir dentro de la ciudad, en el estilo que fuera, edificios contiguos de diversas épocas, pero como ya hemos visto, el núcleo del problema es profundamente ideológico.

La concepción ideológica de la nueva edad de la humanidad que se inició en el siglo de las luces y que continúa hasta hoy, se fundamenta en la ruptura (ruptura en el tiempo, ruptura en la continuidad de los estilos, ruptura en las convenciones de un lenguaje; ruptura, incluso en los métodos). Este es el sustrato de la aparente dificultad que encuentra la producción arquitectónica más avanzada a la hora de integrarse en un centro histórico, no importa si se trata de un viejo maestro moderno como Mies Van der Rohe, o de figuras actuales como Zaha Hadid o Rem Koolhaas. La concepción urbana de los movimientos de vanguardia modernos nacieron como alternativa u oposición a la arquitectura y a la ciudad antiguas, por lo tanto, desde su génesis, es contraria y hostil a la conservación; aún hoy, pasada la etapa dogmática del funcionalismo, la inserción de edificios modernos en la traza urbana de los centros históricos siempre resultará problemática por la naturaleza y el origen revolucionario o disidente de la modernidad. Marina Waisman lo explicó perfectamente al decir que los epígonos de la modernidad “...quisieron trabajar con un instrumento creado *ex novo*, con un lenguaje que pretendía ser de grado cero, virgen de significados, de alusiones, y virgen también de asentadas convenciones sintácticas” (Waisman 1990:95). Y evaluándolo desde ese punto de vista, en cierta forma resulta acertada la idea de Racheli cuando opina que a la hora de intervenir en la ciudad antigua, “lo importante es ponerse de acuerdo sobre un problema fundamental y prioritario, es decir: ¿a través de cuál código de lenguaje arquitectónico se deben proyectar y ejecutar obras de este tipo?” (Racheli 2004:28). Añade Racheli que muchos especialistas “parecen ignorar el hecho de que antes de la Ilustración, la relación entre el pasado y el presente nunca se había evaluado en términos dialécticos” (Racheli 2004:30). Pero no culpa de esta situación únicamente a los pensadores de la modernidad arquitectónica; también acusa al *restauración científico* (y de hecho, se debería incluir a todas las teorías modernas de la restauración) por su insistencia en diferenciar abruptamente

lo antiguo y lo nuevo (Racheli 2004:32).

En pleno siglo veintiuno aún nos encontramos lejos de un acuerdo con respecto a esta cuestión que prácticamente ha ocupado más de 100 años de discusiones en Occidente. Ante esta disyuntiva, teóricos como Antón Capitel proponen la práctica de la analogía formal a la hora de intervenir en los monumentos, presentándola como un medio para “operar directamente en el interior de la polémica entre antiguos y modernos destruyendo su propio nudo al rechazar y aceptar, simultáneamente, sus posiciones encontradas”, de manera tal que se puedan “encontrar instrumentos formales que, buscando para la obra una nueva unidad, (...) expresen articuladamente la discontinuidad de la misma en cuanto compuesta de viejo y nuevo”(Capitel 1988:147).

A pesar de todo, en términos generales, la tendencia que comienza a cobrar fuerza en el ambiente de la conservación actual es la búsqueda de un equilibrio entre las distintas instancias axiológicas, pero siempre tomando en consideración al ser humano y su proyecto de vida como reconoce Marina Waisman: “Dentro de tan compleja situación, no parece legítimo establecer normas de validez universal para el tratamiento del patrimonio. La mejor conducta será partir de una base ideológica firme: esto es, tener en claro el para que se actúa, la función que se asigna al patrimonio, al que alguna vez he definido como todo aquel aspecto del entorno que ayude al habitante a identificarse con su propia comunidad, en el doble y profundo sentido de continuidad con una cultura común y de construcción de esa cultura, esto último por considerar que el valor patrimonial no reside sólo en el pasado, sino que estamos continuamente construyendo el patrimonio del futuro”(Waisman 1990:133).

Los últimos pronunciamientos de la *Nueva Carta de Atenas* del 2003, que presenta la visión que sobre las ciudades europeas del siglo veintiuno, tiene el Consejo Europeo de Urbanistas, identifica el crecimiento de las ciudades con el equilibrio entre esa polaridad constituida por la “continuidad de una cultura común” y la constante “construcción de esa cultura” tal como lo indica Waisman. Como postura que sintetiza la antigua dialéctica de las dos cartas de Atenas precedentes, y desde el marco de la integración europea, esta nueva perspectiva se orienta hacia ciudades interconectadas aunque diversas, políticamente inclusivas, reconociendo en

ellas los aspectos ambientales, psico-sociales y multiculturales de poblaciones cuya estructura es compleja, aún reconociendo los obstáculos a los que se enfrenta para concretar esta visión (libre mercado, globalización, el reto de racionalizar los recursos disponibles). Dentro de esta nueva concepción de la urbe actual, la ciudad histórica está plenamente integrada y se hace palpable a través de los objetivos enunciados en el documento: “la planificación debe buscar la salvaguarda y/o ulterior desarrollo de los elementos tradicionales, memorias compartidas y la identidad del entorno urbano que incluya las tradiciones locales, el carácter de las edificaciones y los métodos de construcción, barrios históricos, espacios abiertos y zonas verdes ya que éstas contribuyen a la mejora del bienestar urbano” (*Nueva Carta de Atenas* 2003).

Es una visión inclusiva que, si ciertos intereses políticos y económicos no la obstaculizan, seguramente orientará las pautas en el quehacer urbanístico y conservacionista de otras regiones del globo, como América Latina y Asia. En este último proceso de diálogo intercultural, otras instancias, tradicionalmente inamovibles, también están siendo reestructuradas evitando una única postura eurocéntrica. Se han movilizad acciones y se han suscrit o convenciones como el *Documento de Nara sobre la autenticidad* de 1994, que atañen al reconocimiento de la diversidad de las culturas y sociedades del planeta, aseguran el reconocimiento de otros esquemas de valores y establece la legitimidad de otros sistemas de creencias diferentes a los occidentales.

Es probable que sea este énfasis en lo humano y en la variedad de las culturas lo que permita superar la ambivalencia de las ideas en torno a la forma de aproximarnos al edificio antiguo o a la ciudad histórica. El patrimonio construido es diverso y no existe, por el momento, un modelo de aproximación a éste que haya sido validado universalmente. Distintas reflexiones sobre los edificios y las ciudades del pasado seguirán dándose, y muchas veces serán contrarias entre sí, pero del conflicto y la discusión, o si se quiere, hegelianamente, de la tesis y la antítesis, deben surgir el descubrimiento de valores (más que una casuística) que permitan encauzar las variadas aproximaciones al patrimonio edilicio y urbano, enriquecer la teoría y la praxis conservadora e incluir en este desarrollo a las diferentes formas de pensamiento y nuevos paradigmas que surgen como parte de

un fenómeno tan humano y ancestral como lo es la utópica voluntad de explicar y, a la vez, recrear el mundo.

## Referencias bibliográficas

- Benevolo, Leonardo  
1985 *La ciudad y el arquitecto*. Ediciones Paidós, Barcelona.
- Brandi, Cesare  
1992 *Teoría de la restauración*. Alianza Editorial, Madrid.
- Bronstein Passaro, Lais  
2002 Fragmentos de una crítica: revisando a IBA de Berlín, Tesis doctoral presentada al departamento de Composición Arquitectónica de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad Politécnica de Cataluña. Documento en PDF [http://www.tdx.cesca.es/TESIS\\_UPC/AVAILABLE/TDX-0318102-080014/](http://www.tdx.cesca.es/TESIS_UPC/AVAILABLE/TDX-0318102-080014/), consultado en 2007.
- Capitel, Antón  
1988 *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*. Alianza Editorial, Madrid.
- Frampton, Kenneth  
1983 *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Editorial Gustavo Gili S.A., México D.F.
- Hilberseimer, Ludwing  
1999 [1927] *La arquitectura de la gran ciudad*. Editorial Gustavo Gili, S.A., Barcelona.
- Monti, Guglielmo  
1995 *La Conservazione dei Beni Culturali nei Documenti Italiani e Internazionali, 1931-1991*. Ministero per i Beni Culturali e Ambientali Ufficio Studi, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, Roma.  
2004 Los documentos de la restauración. En *Ensayos sobre conservación y restauración*, compilado por Nunzia Guardiani y Eduardo Tejeira Davis. Imprenta MG Impresiones, Panamá.
- Nueva Carta de Atenas  
2003 La visión de las ciudades en el siglo XXI del Consejo Europeo de Urbanistas. Documento electrónico, [http://www.esicomos.org/Nueva\\_carpetas/INDEX\\_2ESICOMOS.htm](http://www.esicomos.org/Nueva_carpetas/INDEX_2ESICOMOS.htm), consultado el 12 de febrero de 2006.
- Racheli, Alberto María  
2004 Restauración arquitectónica y restauración urbana. En *Ensayos sobre conservación y restauración*, compilado por Nunzia Guardiani y Eduardo Tejeira Davis. Imprenta MG Impresiones, Panamá.
- Risebero, Bill  
1995 *Historia dibujada de la arquitectura, últimas tendencias (forma fantástica)*. Celeste Ediciones, Madrid.
- Rivera, Javier  
1997 Restauración arquitectónica desde los orígenes hasta nuestros días. Conceptos, teoría e historia. En *Teoría e historia de la restauración*. Documento de la maestría en restauración y rehabilitación del patrimonio del Instituto Español de Arquitectura, Universidad de Alcalá. Editorial Munilla-Leria, Madrid.

Rossi, Aldo

1982 *La arquitectura de la ciudad*. Editorial Gustavo Gili, S.A., Barcelona.

Venturi, Robert

1978 *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Editorial Gustavo Gili S.A., Barcelona.

Waisman, Marina

1990 *El interior de la historia*. Editorial Escala, Bogotá.